

Manuel Cuenca Cabeza

Director de los programas de Postgrado de Estudios de Ocio de la Universidad de Deusto y Director Académico de la Cátedra ONCE Ocio y Discapacidad

El ocio ha cobrado tal importancia en nuestras vidas que es considerado, en las sociedades desarrolladas, poco menos que un derecho de las personas.

La visión humanista llevó a la Universidad de Deusto a crear el innovador Estudio del Ocio en 1988. Cuatro años después, concluido el proceso de reconocimiento académico, nació el Instituto de Estudios de Ocio bajo la dirección del doctor Manuel Cuenca Cabeza, ex- vicerrector del centro, que se ha volcado en el desarrollo de programas de postgrado y del Centro de Documentación monográfico sobre el ocio. Asesor de revistas científicas, es autor de libros y artículos de investigación sobre el ocio.

El ocio como materia universitaria choca un poco, porque ¿no resulta extraño convertir en disciplina lo que se antoja la antítesis de lo académico?.

El ocio es uno de los pilares del siglo XXI. Comenzó a implantarse como valor el siglo pasado, y hoy podemos hablar de él como un elemento de identificación de

las personas. La vida no se entiende sin ocio. Es decir, sin televisión, sin música, sin salir de paseo o hacer un viaje; o sin deportes que practicar o que ver. Y es así por que en el actual mundo de valores se ha producido un cambio, y el ocio se ha situado en los primeros puestos.

¿Como un principio que seguir y con el que se debe cumplir?

Efectivamente, como un valor vital. Es una cualidad que mueve a las personas y las capacita para vivir experiencias satisfactorias, más o menos enriquecedoras, pero trascendentales en cuanto que ofrecen un sentido a la existencia del ser humano. Al preguntar a la gente qué es importante en su vida, el ocio ocupa el cuarto puesto. Es más, la juventud ha desplazado al trabajo como prioridad y ha puesto en su lugar al ocio.

¿Eso es positivo?

Al menos, no hay que juzgarlo de forma negativa. El joven encuentra en el ocio el espacio donde está conforme. En él hace las cosas que le gusta, y el trabajo, por lo

general, no le posibilita desarrollarse con satisfacción como persona, y además ha dejado de ser el núcleo de su vida. Antes, el ocio era tiempo de descanso para seguir trabajando; ahora, el trabajo es sólo un medio para proporcionar ocio.

¿Cómo se ha llegado a esta percepción social, tan distinta de la de épocas anteriores, en la que la vida giraba preferentemente en torno al trabajo?

Es una de las consecuencias del cambio de la sociedad industrial a la tecnológica. Hoy, el trabajo ocupa sólo el 7% del tiempo total de vida, con lo que tiene un significado menor en el conjunto de nuestra vida. Basta con ver cuándo se incorporan los jóvenes al mundo laboral y cuándo lo abandona el adulto. Se empieza más tarde, y la esperanza de vida es mucho mayor. Si a esto se le suman los fines de semana, las minivacaciones, los puentes... algo que ahora contemplamos con total normalidad, pero que no siempre fue así, estaremos hablando de una conquista que lleva implícito algo que los jóvenes han visto con claridad: el trabajo no es lo más importante. Ciertamente es que sus trabajos no son los que soñaban y que el mundo laboral es precario, pero es que no les interesa como ámbito para realizarse. Viajes, conciertos, etc., y compartir el tiempo con familia y amigos les parece más satisfactorio, y se esfuerzan en procurárselos.

¿Y el actual sistema económico y social podrá soportarlo?


Precisamente, el mundo del ocio es potentísimo. Es la gran industria del siglo XXI. Fijémonos en el turismo, una fuente de ingresos y un sector socioeconómico esencial. El fútbol, el cine, los parques de atracciones, los centros comerciales, los festivales de música, las tiendas especializadas en deporte... Todo esto es origen y consecuencia de la implantación del ocio y de la nueva manera de concebir la vida. Además, es una gran fuente de trabajo.

¿Y cómo van a convivir generaciones con valores tan distintos?

Un estudio realizado en el norte de Italia, que buscaba esa respuesta concluyó que no se va a producir ningún choque. Se analizaron tres generaciones: abuelos, padres e hijos. El trabajo como primer valor sólo se encontró en los abuelos; en los padres, se produce un equilibrio entre trabajo y ocio; y en la generación de los nietos, el ocio prima. Esto nos lleva a ratificar que el cambio de valores es profundo, consecuencia de la sociedad de bienestar en la que se han criado las nuevas generaciones gracias al esfuerzo de las anteriores, que perseguían precisamente ofrecerles un mundo mejor. Además, los abuelos mantienen con mucho orgullo su valor en el trabajo; los nietos no lo sienten así, pero tampoco se produce un desencuentro.

Así que los abuelos trabajaron duramente para que sus nietos vivieran mejor. ¿Y ellos? Ahora que, al fin, disponen de tiempo, ¿cómo pueden aprender a disfrutar del ocio?

De nuevo nos encontramos con un fenómeno que de puro asumido, no reparamos en que es muy nuevo. Antes no había jubilados. La esperanza de vida era menor, y además, el trabajador seguía trabajando para seguir viviendo. En los años 70 comienza a aparecer una nueva



“La vida actual
no se entiende
sin ocio”

clase social. Personas que no tienen que trabajar, que tienen dinero y salud y, además, ganas de seguir descubriendo cosas. Pero, ¿qué sucede? Que no saben qué hacer fuera del trabajo. Su identificación había sido a través de él, su presencia social era por el trabajo. Cuando dejan de desempeñar su puesto, si no han sido preparados, si no son creativos o personas dinámicas, tardan 3pocos años en enfermar. Por eso, la sociedad se ha dado cuenta de que es importante preparar a las personas para que disfruten y vivan su jubilación. Es una cuestión económica: las personas que tienen una autonomía cuando dejan de trabajar, enferman menos y generan menos gasto. Pero también es una cuestión social: a su alrededor crean un ambiente positivo para toda la familia, y eso, sin duda, es beneficioso; especialmente para ellos mismos.

¿Cómo se educa en el ocio?

Como en muchas otras cosas, para poder enseñar tiene que haber educadores de ocio. Especialistas que hayan sido formados para ello, y formen a los formadores. Pero en este caso no es un tema sólo de la escuela, implica a toda la sociedad. De hecho, la sociedad está asumiendo el papel y desarrolla clubes deportivos, centros culturales o asociaciones. E igual que en el trabajo te especializas, también sucede en el ocio. Buscas y encuentras aquello que más te satisface. Si aumentas el número de gustos, se amplían tus posibilidades de disfrutar. Por tanto, cuanto antes se forme a las personas, mejor. Se trata de prepararlas para que disfruten del ocio desde la libertad y desde el conocimiento, que esto las preserve de la manipulación y las aleje del consumismo.

Pero, ¿hasta qué punto el ocio no es sinónimo de consumo?

La clave de disfrutar del ocio no es el dinero, si no una serie de valores basados en el respeto de la persona humana y sus potencialidades.

Por eso, la educación del ocio trata de que la persona descubra cuanto antes esas cualidades.

En la sociedad actual se ha hecho del ocio un sinónimo de consumo, pues lo intangible se ha convertido en producto. Pero al final, el ocio es hacer aquello con lo que te sientes bien; es una experiencia gratificante que haces porque quieres, y nadie ni nada te obliga. No es necesario gastar dinero en ello. Sin embargo, y es una ventaja, detrás del ocio hay una industria que cada vez va a ser más potente, y esto se puede traducir en términos positivos. Para alguien que le gusta la música clásica, por un módico precio tiene a su disposición un buen equipo y a los mejores directores de orquesta del mundo. Y eso, hace 50 años era impensable. Se han democratizado las posibilidades de disfrutar. Antes, las familias compartían el trabajo, ahora se encuentran en los momentos de ocio, con la ventaja de que lo positivo une mucho más que las tragedias o la obligación.

Compartir el ocio en familia es transmitir un mundo de sensaciones y sentimientos no ligadas a la razón. Lo mismo pasa con los sistemas de gestión en las empresas. Cada vez tienden a tener más en cuenta el ocio, pues si no es así, todo el elemento emocional falla, y éste es fundamental para la motivación.

¿No ve el peligro de que triunfe el hedonismo, la búsqueda del placer por el placer?

El ocio, por esencia, es egoísta, pero hacer lo que me gusta no significa olvidar a los demás. Precisamente, estamos tratando de determinar hasta qué punto el voluntariado es ocio. Cumple todas sus propiedades: es una actividad libre, que gratifica y que si no gustara se podría dejar. Se trata de un ocio maduro, que llega más allá del yo. Por eso, mi siguiente pregunta será, ¿qué formación hay que dar para que la gente se sienta bien en un ocio maduro?

“A DIFERENCIA DE OTRAS ÉPOCAS, HOY EL TRABAJO ES UN MEDIO PARA CONSEGUIR TIEMPO DE OCIO”

